

mediodía y la media noche precedente; así decimos: á la una, á las dos de la mañana; tómase, además, esta última por el tiempo venidero, ya se trate de meses, ya de años, y por el día que sigue al de hoy, cuya acepción es asimismo tan vulgar y generalizada como la primera que apuntamos.

Importa, no obstante, distinguir entre el adverbio y el sustantivo, entre el mañana y la mañana; la segunda, ó sea el sustantivo, es la acepción real y verdadera. porque ¿quién no es capaz de darse cuenta de sus mañanas? ¿quién ignora cómo y en qué las ha empleado? Unos las pasan durmiendo, otros trabajando ó paseando, otros las toman desleídas en copas de aguardiente, otros . . . en fin, vayan vdes. á saber de qué modo se pasan las mañanas tantos millones de almas como pueblan el globo terráqueo; lo cierto es que las pasan, que de ellas se dan razón, que las gozan ó las sufren, cada cual á su manera.

En cuanto al mañana adverbio, á ese tiempo indefinido é indeterminado de un día, de un mes, de un año, de un siglo, es una vaguedad, una ilusión, una esperanza, uno de los mil engaños á que en este mundo mísero vivimos sujetos los mortales.

Comprendiéndolo así, el ingenioso y malogrado Selgas decía que ese mañana nunca llega. porque hoy decimos siempre: mañana; y lo esperamos tranquilos ó impacientes, según el estado de nuestro espíritu, y cuando ese mañana va á llegar, cuando ya puede decirse que lo cogemos con la mano . . . ¡zás! por arte de birlibirloque se trasforma en hoy, y . . . ¡mañana! . . . volvemos á decir un día y otro día, hasta que, sin haberlo alcanzado, nos morimos. De suerte que, en realidad, ese eterno y vetusto anciano llamado *Tiempo* nos estafa un día, el mañana que siempre ofrece y nunca da, jugando con nosotros y burlándonos, como juega y burla á sus inocentes nietecillos el experto y solapado abuelo.

¿Qué es, pues, el mañana? Es un día que indudablemente llegará cuando no exista el hoy, es el porvenir sin el presente, es la paradoja diabólica del tiempo.

Otro escritor ingenioso, Juan Coupigny, compuso una linda comedia que tituló *Mañana*, con objeto de zaherir el vicio ingénito en los españoles de dejar para el día siguiente la ejecución de cuanto nos molesta, vicio que ocasiona muchas veces nuestra ruina moral y material.

En efecto, el mañana es la tapadera de nuestras debilidades. el parapeto á favor del cual nos defendemos contra toda suerte de mortificaciones.

¿Qué son las coquetas? Unas mujeres que amarán mañana. Cuando una coqueta llega á amar, deja de serlo, y puede decirse de ella que ha vencido al tiempo, alcanzando su mañana.

Y un malvado ¿qué es? . . . Lo mismo que las coquetas, un hombre que mañana será bueno. De ahí parece resultar que el bien nace del mal, como el amor brota del odio algunas veces. Esta segunda parte no ofrece tanta dificultad: dos personas que se odian están más propensas á amarse que otras dos entre las cuales existe la mayor indiferencia; el odio al fin y al cabo es un sentimiento, y para llegar al amor sólo necesita modificarse, siendo mucho más fácil modificar lo existente que hacer algo de la nada, es decir, crear el amor sobre la indiferencia.

Pero dejemos los cerros de Ubeda de la filosofía y volvamos á nuestro asunto.

Muy impuesto estaría de lo que decimos, mucho habría leído á Selgas y á Coupigny, cierto criminal que, condenado á muerte, y próxima ya la hora de la ejecución, decía á sus verdugos:

—No me ahorquen hoy, ahórquenme ustedes mañana; ¿qué más da?

Desgraciadamente para el interesado, los verdugos no escucharon su petición.

Cierto pícaro redomado, instruido sin duda en la misma escuela, sustentaba que la ciencia de gobernarse en el mundo consistía en la feliz combinación del hoy y del mañana, añadiendo que con esta combinación no había contrariedad posible.

—¿Cómo se las compone vd?—le preguntaron.

—Es muy sencillo,—respondió. Se trata, por ejemplo, de ajustar una cuenta: ¿cuándo quiere vd. cobrar? Hoy. Si, por lo contrario, la cuenta me la presentan á mí, le digo á todo el mundo: vuelva vd. mañana. Y al día siguiente, cuando vuelve el cobrador, vuelvo yo á decirle: pero, hombre, ¿no le dije á vd. que viniera mañana? ¡También es fuerte cosa empeñarse en cobrar hoy!

—¿Y si el acreedor, cansado de tantas ilas y venidas, le lleva á vd. á los tribunales?

—Ya me sucedió una vez y me defendí de esta manera: ¿qué pretende el demandante? ¿que le debo unos ochavos? Es cierto. ¿De qué me acusa? ¿de qué no quiero pagarlos? No es exacto. Yo le tengo dicho, y lo sostengo, y el mismo interesado no me dejará mentir, que le pagaré mañana. Dejo, pues, á la consideración de los jueces la incalificable codicia del demandante y la presunta enormidad de mi delito, consistente sólo en dejar para mañana la liquidación de una cuenta que pudiera ajustar hoy.

—Y los jueces ¿qué opinaron?

—Me absolvieron con la expresa condición de pagar mañana. Desde entónces sigo reconociendo la deuda y estoy en que mañana pagaré; y habiendo sido esta la conformidad del tribunal, no ha lugar á nuevo pleito.

—Todo está perfectamente; pero . . .

—¿Qué?

—Si yo fuera juez ó acreedor, le aplicaría á vd. la pena del talion.

—No comprendo . . .

—Me explicaré: tratándose de una cuenta, verbi gracia, que yo debiera satisfacer, le diría siempre: vuelva vd. mañana.

—¡Ah! tengo previsto ese caso y vivo al día; jamás me preocupo del mañana; mis asuntos los ventilo hoy ó no los ventilo nunca, es mi sistema.

—Pues bien, si yo fuera juez . . .

—¿Qué haría vd. conmigo?

—Al tener efecto la demanda del acreedor á quien mañana ofreciera vd. pagar, aplicándole, como llevé dicho, la pena del talion, le mandaría á vd. encerrar hasta mañana, es decir hasta que pagase vd.

El muy pícaro palideció, diciendo:

—Por Dios, no propague vd. ese procedimiento; yo no había caído en ello, ni el tribunal, ni mis acreedores tampoco. Por algo sustentaba yo que en este mundo no medra el hombre bueno, sino el hombre listo. ¡Ay de los malos si los buenos se instruyeran!

El pícaro redomado tenía razón que le sobraba: no sólo en la gran cuestión de ochavos, sino en muchas otras cuestiones, buen gobernalle será para la nave humana el perfecto conocimiento del mañana y el del hoy, unido á la feliz combinación de entrambos, el saber, en fin, cuándo debemos decir *hoy* y cuándo nos convendrá decir *mañana*.

Por eso el ministro le dice al pretendiente: vuelva vd. ma-